

PÉREZ REVIRIEGO, Miguel: *A la busca de unas imágenes encontradas*, Texto del catálogo de la exposición en la galería Alfama, Madrid, 1998

MIGUEL PÉREZ REVIRIEGO

A LA BUSCA DE UNAS IMÁGENES ENCONTRADAS

I

No se trata ahora de describir con palabras más o menos precisas, más o menos “poéticas”, los elementos (el tono, la forma, la luz, el espacio, la composición...) que de un tiempo a esta parte conforman esos dibujos tenues, imperceptibles casi, de un Juan Carlos Lázaro diríase que lúcidamente dispuesto a dejar atrás, sin aparentes signos de comprensible nostalgia, todo aquello tan querido para un artista plástico que de alguna manera (aun “de alguna manera”) pueda distraer la atención del espectador a esa mágica hora de enfrentarse a una obra hecha en la ardiente soledad del estudio, que es como decir al tiempo de vérselas con un espacio nunca del todo evidente, que solemos llamar “cuadro”, o “dibujo”, y que, en estricta teoría (sólo “en estricta teoría”), no debiera ser otra cosa que la consecuencia última de un lenguaje que llamamos “artístico” y unos medios materiales y técnicos sin los que aquél nunca trascendería del puro concepto, ajeno, por ende, a cualquier otra realidad que no sea la de su propio hacedor. O al menos no es a mí a quien se ha encomendado la siempre ingrata tarea de poner nombre y apellidos a unas imágenes que sólo por sí mismas (sin palabras ni siempre extrañas apoyaturas verbales) han de “funcionar” como lo que –sólo- son, y no otra cosa que representaciones dibujísticas de un propio modo de ver la realidad que se llama Juan Carlos Lázaro, de un mundo entre la descarnada evidencia y el más profundo sueño: de un mero espejismo o ese nunca saber dónde acaba la “personalidad”, dónde lo que acaso con desmedida simplicidad decimos “memoria”, y dónde empieza eso que tanto nos gusta denominar “estilo” y que quizá no sea sino otra forma de culto a un rabioso egocentrismo no tan justificable tras un somero análisis como a primera vista pudiera parecernos.

II

ME HABÉIS LLEGADO AL ALMA...

Suele Juan Carlos Lázaro situar el origen de sus levísimas tonalidades de ahora en ese paisaje “ingrávido, inasible”, donde “todo parece estar continuamente flotando”, de una región del noroeste italiano (los Prealpes Lombardos) y un pueblo (Angera) donde nuestro artista residirá de agosto de 1994 a finales del 95, y donde -¿definitivamente? convencido del valor de la obra como “objeto” autónomo, libre del “tema” reproducido- inicia estos *Dibujos* en los que ya en su día creímos entrever unas rosas, unos paños, unos ojos que nos miran desde la otra

orilla de un tiempo que no es el nuestro, que hoy volvemos a contemplar, y que parece que siguen queriéndonos decir algo.

III

...O ACASO ESTÁBAIS EN EL FONDO DE ELLA

Pero como uno es de los que piensa que todo cuanto somos, cuanto hacemos, esa propia manera de llevar a cabo las cosas, no vienen de otro sitio que de esa "patria" que se llama infancia, no me queda otra que convenir con Juan Carlos Lázaro en el posible desencadenante italiano de esa "esencialidad" siempre buscada, más haciéndole observar que no en otra parte que dentro de él mismo, de su Fregenal, de su Zurbarán, y su Hermoso, había estado siempre esa extremeña forma de llamar a las cosas por su nombre, de prescindir de lo anecdótico..., aunque, en su caso, fuera la niebla de una lejana Ánger el exótico detonante de una realidad siempre próxima y unas causas, si las hubiere, nunca tan distantes como para no poder alcanzarlas con nuestras solas y heredadas manos.

7-8 de julio de 1998